

# JULIAN RATHBONE

## Un hispanófilo desconocido en España

IAN GIBSON

**J**ULIAN Rathbone, cuarenta y tres años, novelista inglés de creciente reputación en su propio país y en Estados Unidos, está todavía inédito en España. Y parece mentira tal desatención por parte de los editores, no sólo por el valor intrínseco de los libros de este autor, sino porque varios de ellos —Bloody Marvellous, A Raving Monarchist, Carnival y, el mejor conocido de ellos, King Fisher Lives— se desarrollan en España y demuestran el buen conocimiento que tiene Rathbone de los paisajes, costumbres e historias de estas tierras de Pirineos abajo. El escritor estuvo en Madrid en septiembre, de vuelta de Canarias, donde su esposa asistía al congreso galdosiano, y aprovechamos la ocasión para preguntarle por el origen de su afición a España y por la influencia que esta afición ha tenido en su obra.

—Hace cinco años, hartó ya de ser profesor de inglés y después de unas experiencias matrimoniales bastante desastrosas, digamos, decidí abandonar mi carrera de pedagogo sin vocación y dedicarme exclusivamente a escribir. Había ya publicado dos o tres novelas de suspense inspiradas en mis experiencias de Turquía, donde viví varios años, y estos libros habían tenido un relativo éxito. Pensaba que, de disfrutar de más tiempo, podría hacer algo mejor. Entonces estaba en relaciones con quien es ya

mi esposa, estudiante de Literatura española, y decidimos largarnos de Inglaterra y pasar un año en España. Un buen día —septiembre de mil novecientos setenta y tres— llegamos a Salamanca. Nos encantó en seguida y allí pasamos un año maravilloso. Nos hicimos muy amigos de la gente del departamento de inglés de la Universidad e incluso colaboramos en el montaje de una abigarrada versión de *Un sueño de una noche de verano*. Era divertidísimo. Desempeñaban los papeles de los cortesanos, en inglés, profesores españoles, los de los obreros estaban a cargo de los lectores ingleses e irlandeses de varios colegios salmantinos y, como rasgo novísimo, los duendes eran hispanoparlantes. Desde luego, fue un exitazo.

—¿Y cuáles eran las primeras repercusiones que tuvo aquel año salmantino en tu obra?

—Al volver a Inglaterra en mil novecientos setenta y cuatro terminé mi novela *King Fisher Lives*, seguramente la mejor hasta ahora y que casi consiguió el prestigioso premio Booker (se ha dicho que quien se la cargó fue la poetista Mary Wilson, esposa de Harold Wilson, que se ofendería por ciertas escenas fuertes). Y es cierto que la novela fue en parte inspirada por nuestra estancia en Salamanca, especialmente por una visita que hicimos a Las Batuecas, in-

dudablemente uno de los parajes más peregrinos de España, un valle totalmente aislado del mundo, con un clima casi subtropical. Yo estaba preocupado entonces por el tema del "salvaje noble". Era la época de las obras de Robert Ardrey —*El imperativo territorial*, *Génesis africano*— y salía de las prensas británicas una auténtica oleada de guías y manuales titulados *Cómo aprender a ser una persona primitiva*, *Cómo sobrevivir en un holocausto*, *Cómo abandonarlo todo y volver a tus raíces*, y así por el estilo. Una oleada. La idea de mi libro era expresar el atractivo de este modo de pensar y, al mismo tiempo, sugerir que es una bobada que no lleva a ningún sitio. Bueno, el sitio a que llevé a los protagonistas de mi novela era, precisamente, Las Batuecas, aquel valle edénico que no puedo olvidar y que aparece en alguna otra obra mía. Allí tiene su desenlace la triste aventura de King Fisher y su mujer, quienes, al final de la novela, se han convertido en salvajes nada rousseauianos, si me permiten la palabra. King Fisher muere atravesado por una bala de la Guardia Civil.

En febrero de 1974, antes de volver a Inglaterra, Julian Rathbone visita Ciudad Rodrigo durante la feria, e impresionado por las corridas que allí presencia, concibe la idea de otra novela de suspense, que

"Algo que los ingleses, por lo visto, no pueden comprender es que la corrida, lejos de ser cruel, te enseña a respetar a los animales".





Julián Rathbone, un novelista inglés que debería ser mejor conocido por los españoles.

titulará *Carnival!* El libro contiene una de las mejores descripciones de la lidia que conocemos de un escritor extranjero, descripciones que denotan en Rathbone a un verdadero aficionado. Siendo inglés y, por más señas, ornitólogo, ¿cómo explica su amor a la fiesta nacional?

—Mira, te diré en primer lugar que desprecio el libro de Hemingway sobre el tema. No me gusta nada el seudomisticismo de este libro. Y además encuentro intolerables a los extranjeros que se pican de saber más de toros que los mismos españoles. Lo que a mí me atrae en la corrida es su calidad de rito, su belleza y su sobriedad. Algo que los ingleses, por lo visto, no pueden comprender es que la corrida, lejos de ser cruel, te enseña a respetar a los animales. Esto, que puede parecer una paradoja, no lo es en realidad. En la corrida ves lo que es, realmente, el toro: ves su fuerza, su belleza, su valor. Y cuando la gente habla de la crueldad, me parece a mí que es mucho más aceptable matar a un animal de esta forma ritual que subirlo a un camión atiborrado de otras víctimas y llevarlo a cien kilómetros a un matadero donde muere sin dignidad alguna. En Inglaterra te dicen siempre, cuando sale el tema de los toros, que es una lucha desigual, que el toro no tiene la posibilidad de ganar, que no le pasa nunca nada al torero, etcétera. Yo contesto siempre que, en realidad, la lidia no es un deporte, que es una manera de matar ritualmente a un animal. Y añado que el toro sí tiene la posibilidad de matar o herir al torero, pero que, cuando esto ocurre, la corrida es un fiasco. Estas verdades, que aquí en España son de Perogrullo, no hay quien las entienda en Inglaterra.

La novela de suspense de Rathbone, *A Raving Monarchist* (Un enfervorizado monarquista), gira en torno a un atentado —felizmente fracasado— contra el Rey Juan Carlos. Le pregunto al autor de la génesis de este libro.

—En el verano de mil novecientos setenta y seis seguimos en coche, desde Jaca, el camino de Santiago. Una experiencia inol-

vidable. Llegamos a Santiago de Compostela el veinticinco de julio, a tiempo para ver a los Reyes. Y allí, en la plaza, cuando Juan Carlos se asomó al balcón del Ayuntamiento ante la muchedumbre, me pareció de repente oír disparos de fusil entre el estruendo de los fuegos de artificio. El libro nació en un instante; en él podría juntar mis experiencias del camino de Santiago, mis preocupaciones por la fragilidad de la democracia española en ciernes y, desde luego, una buena dosis de suspense. Yo creo que es un libro que gustaría a los españoles.

—Durante todo este tiempo sé que madurabas tu novela histórica *Joseph* (José), que va a salir pronto en Inglaterra y Estados Unidos y que será, seguramente, un acontecimiento literario. ¿Qué relación tiene este libro con tus días salmantinos?

—Una relación estrechísima, fundamental. La idea me vino nada más llegar a Salamanca, un relámpago. Es que, a los catorce años, yo estaba fascinado por la personalidad de Wellington y por la guerra Peninsular (conocida en España por la guerra de la Independencia, claro); me leía todos los libros sobre el tema que pudiese encontrar, estudiaba mapas de los campos de batalla, recreaba en mi imaginación aquellas marchas forzadas increíbles realizadas por mi héroe. Luego, con el paso del tiempo, me olvidé de todo aquello, por lo menos de forma consciente. Pero al llegar a Salamanca me di cuenta de que pisaba los mismos escenarios de mis apasionados sueños infantiles. ¡Salamanca de mis sueños! Me inundaron mis recuerdos de niño, surgió otra vez la figura de Wellington y comprendí que quería, vamos, que tenía que escribir una novela histórica basada en aquel periodo. Empecé a leer y leer, a indagar... Visitamos todos los lugares que hubiesen desempeñado el más mínimo papel en la guerra y, poco a poco, se fue elaborando la armadura fundamental del libro. Libro, claro está, que me costaría mucho trabajo investigar (tiene una documentación histórica sólida) y luego escribir.

—¿La trama?

—José es el nieto de un exiliado católico que había huido de Inglaterra en mil setecientos cuarenta y cinco, que va a Roma, se casa con una aristócrata española y hereda unas tierras cerca de Salamanca. El padre de José (estamos en tiempos de las guerras napoleónicas) pierde a su esposa, una italiana, y va a Salamanca con su hijo —José—, quien, sin saberlo, es ilegítimo. Allí el padre, un impenitente racionalista, tiene problemas con la Inquisición, y finalmente se retira a su finca de Los Arapiles, aldea a unos cinco kilómetros de la ciudad. José, ya ves, tiene un abuelo inglés, una abuela española, un padre medio inglés, medio español, y una madre italiana. ¡Es decir, que no le faltan precisamente problemas de identidad! En la primera parte del libro, José es estudiante en Salamanca. Llegan los franceses —vemos a Napoleón— y José toma parte en varias batallas, actuando de espía por los dos bandos, tratando de salvarse el pellejo y llevando una vida más o menos picaresca. Todo este tiempo se siente la presencia de Wellington, aunque todavía no ha aparecido en escena. Uno de los temas fundamentales del libro es atacar la idea de que el racionalismo francés era la salvación de la Europa liberal y, desde luego, del liberalismo español. El libro pone en tela de juicio aspectos de la vida del siglo veinte que tienen su origen en aquella época y en aquella manera de pensar, y que yo personalmente rechazo: por ejemplo, Gobiernos centralizados con masivas burocracias, cosas aparentemente racionales como el sistema métrico, movimientos de masas, una Europa unida.

—En contraste con el racionalismo francés hay Wellington y el Ejército inglés, y también los guerrilleros españoles, capitaneados, en aquella región salmantina, por Julián Sánchez "El Charro", una figura histórica, claro. Los ingleses y los españoles poseen una humanidad superior a la de los franceses y no sufren de aquel odioso racionalismo mecánico. El libro termina con el triunfo de los ingleses en la batalla de Victoria, en mil ochocientos trece, que significó la definitiva derrota del Ejército francés. Los franceses se llevaban en su retirada todas las obras de arte, todos los objetos de valor que pudiesen encontrar, y tengo una escena en la cual Wellington captura a José Bonaparte e impide que aquel inmenso botín se vaya a parar al otro lado de los Pirineos. El libro termina más o menos con esta batalla, aunque hay muchos otros detalles que omito en esta rápida síntesis, ya demasiado larga, además.

Y Julián Rathbone, antirracionalista empedernido, con aspecto de fauno verlaniano jubilado, se ríe por lo bajín y da por terminada la entrevista. ■